

su sofistería, y por sus serviles complacencias con los poderosos del mundo. El Papa no quería saber nada de los programas contra la infalibilidad, y cuando se los llevaron, arrojólos con menosprecio bajo su mesa. Decía que sobre los preparativos del Concilio reinó el mayor silencio y se guardó el mayor sigilo porque los preparadores eran prelados romanos, amigos de su persona, familiares de su casa, partidarios de su causa, pero desde el punto en que entraron los obispos extranjeros, los obispos franceses y sobre todo alemanes, los espesos velos se rasgan, los misterios religiosos se disipan, el secreto se viola, y el mundo sabe lo que sucede y lo que no sucede, con general estrañeza y aun escándalo de la cauta y política Roma.

El mal humor del Papa se agravaba por momentos. La resistencia del Concilio le enfurecía hasta el desvarío. Sacerdote hubo que creyó recibir algún golpe de su báculo y que cayó en cama después de una entrevista en que S. S. le aplicó fortísima reprimenda. Cuando no podía otra cosa tomaba á broma las sesiones y dirigía sangrientos epigramas á los obispos. Gran latinista, reíase á mandíbulas batientes, de los barbarismos y solecismos cometidos por el Espíritu Santo en los discursos conciliares. Uno de los obispos había dicho que Colon *discooperuit Americam*, es decir, despeinó á América. Otro había citado en favor de los Concilios el nombre de San Gregorio Nacianceno, acérrimo enemigo de estas piadosas asambleas. Y el Papa se reía de todos. Pero á veces no se contentaba con reírse y hacía más, amenazaba, y casi casi pegaba. El conflicto con uno de los patriarcas orientales, lo prueba claramente. El patriarca había propuesto en toda regla dos sacerdotes para las sedes vacantes de Diarbekir y de Mardin, y el Papa los nombró. El Patriarca dijo luego que deseaba se les cambiara de silla y el Papa los cambió. Pero, hecho esto, cayó en la cuenta el Patriarca de que había abdicado facultades esenciales á su ministerio,

y de que había perdido una autoridad escrupulosamente conservada por sus predecesores. Y así decidió no consagrar jamás á tales obispos. El Papa, al ver tal resistencia, llegó á enfurecerse como un demente. Sus cortesanos, conocedores de las extremas violencias á que suelen darse los caracteres dulces cuando se exaltan y ensoberbecen, recurrieron al Patriarca para que se plegara buenamente al Papa. El Patriarca respondió que no quería en ninguna manera reconocer invasiones contrarias al espíritu y á la letra de los cánones de su antigua Iglesia de Oriente. El Papa, airado hasta el mayor extremo, reunió á los dos obispos nombrados y al Patriarca resistente en su despacho del Vaticano. Apenas había entrado este último cuando, sin aguardar á que los domésticos cerrasen la puerta, la cerró él mismo con violencia, echó la llave con estrépito; y se dirigió al prelado oriental diciéndole que saldría de allí sometido ó depuesto, y recordándole que además de Papa de la cristiandad con anatemas espirituales, era rey de Roma con esbirros, calabozos y tormentos. El Patriarca perdió casi el habla, casi la luz de los ojos, plegó las manos en ademán suplicante y sintió que le flaqueaban las rodillas y que se le iba la cabeza. El Papa, severo, inflexible, le mostró los dos obispos conjurándole á que los consagrara inmediatamente, ó en el caso contrario á que firmara su dimisión ya formulada y escrita en un papel que iracundo le lanzaba sobre el rostro. El Patriarca se negaba con tenacidad. Y volviendo en sí el Papa le presentó un compromiso de obediencia para que lo firmase. El Patriarca pidió un plazo de tres días. Temiendo el Papa que en esos tres días escapara de Roma, negóse al plazo y tornó á presentar el compromiso. El Patriarca tomó una pluma temblando como azogado, empezó á escribir como si escribiera palotes y se detuvo antes de terminar la firma. El Papa le preguntó por qué causa se detenía.—«Porque la pluma va mal,»—dijo el Patriarca. Inmediatamente le

entregó un cortaplumas, le hizo firmar el compromiso de obediencia, mandó á su policía secreta que lo siguiera y lo celara, y obtuvo por estos medios persuasivos y apostólicos una completa victoria. Así no es maravilla que muchos obispos orientales cayeran en cama el día de la audiencia del Papa por temor de que les sucediese el tristísimo desaguisado del gran Patriarca caldeo, que se encontró perdido y despojado por las increíbles violencias del Pontífice.

El obispo de Orleans, á pesar de semejantes extremos del Papa, insistía en su negativa á reconocer la oportunidad de la declaración. Por esta misma causa, por haberla tachado de importuna, exigían los ultramontanos que se promulgara. «*Quod inopportunum dixerunt, necessarium fecerunt.*» exclamaba uno de los más exaltados obispos. Los opositores se parapetaban, como en refugio último, en lo necesario de la unanimidad moral para que el nuevo principio tuviese fuerza y carácter de antiguo dogma. Pero el Papa amenazaba á los tímidos y ganaba á los vacilantes. Monseñor Spalding, que vino de lejos animado por evangélico celo contra los exagerados y los violentos, cambió de opinión en cuanto tuvo una plaza en las grandes comisiones y una entrevista con el Papa. Los obispos de la América del Norte tuvieron una ocurrencia que hizo reír á toda la cristiandad. Idearon celebrar un *meeting* religioso para conocer la opinión de los congregados, como si las orillas del Tíber que arrastra tantos dioses muertos, fueran como las orillas del Potomac que exhala tantas ideas vivas, y el trono autoritario de San Pedro como la tribuna republicana de Washington. El episcopado inglés, exageradísimo papista en sus largas luchas con los antipapistas, fué solemnemente desautorizado por Newman, el más grande y más ilustre de los teólogos británicos. Este escritor, discípulo de Oxford, sectario un día de la iglesia evangélica, sectario más tarde de la iglesia anglicana, donde ocu-

pó tan altos puestos y consiguió tan renombrados triunfos, autor de la obra de los arrianos en el siglo cuarto, que predicaba con fé tan firme la divinidad de Cristo á un mundo completamente racionalista, amigo del doctor Pusey que ha impulsado á tantos ingleses á entrar en el seno de una iglesia semi-católica; converso á los piés del Papa y en la misma Roma á la plena fé romana por la cual escribió tantos libros, pronunció tantos sermones é hizo tantos esfuerzos, sentíase descorazonado, triste, apenadísimo, viendo que los Concilios antiguos se habían reunido para conjurar los peligros y el Concilio Vaticano para aumentarlos, para salvar á la Iglesia y el Concilio Vaticano para perderla. El doctor Michaelis formulaba el pensamiento de toda Alemania cuando decía que la declaración de la infalibilidad era una obra de sutileza y de mentira, cuyo éxito era deplorable reacción jesuítica contra el espíritu liberal de la Iglesia, indecible calamidad para la civilización y para el cristianismo. El cardenal Schwarzenberg se elevaba á la más alta elocuencia. Su voz tenía algo de la majestad de los profetas y de las tempestades del Sinaí. Su pensamiento recordaba que había contribuido á la fundación de la Iglesia no sólo San Pedro, el apóstol que más se parece á Judas, el que negó á Cristo en la hora de su pasión y de sus tristezas; el judío de estrechísimo sentido que no quería apartar la nueva iglesia de la antigua sinagoga, sino también el gran apóstol de las gentes, el gran reconciliador de todas las razas, semita por su origen, griego por su educación, romano por su dignidad y por su derecho, que había visto la antigua fé apagarse en las reverberaciones del desierto y la nueva fé surgir en las tempestades de la conciencia y que desde aquel punto, desde aquella hora solemne había prescindido de todo el egoísmo judío y condenado todo rito de secta abriendo la nueva á todos los hombres, á todas las razas, á todos los continentes para fundar la verdadera

comunidad de la humilde criatura con su divino creador. Hizo más el sábio obispo. Recordó las desgracias de la Santa Sede por su empeño en traspasar los límites señalados á su autoridad y á su poder. Dijo que así como Bonifacio VIII habia visto su palacio invadido, su trono asaltado, su persona desacatada y su megilla herida muriendo como fiera que los cazadores acorralan por haber demandado y querido el supremo dominio sobre todas las protestades temporales, Pio IX podia verse á su vez expulsado de la conciencia humana y del humano espíritu, convertido en ludibrio de las gentes, olvidado de los mismos que antes le adoraban por pretender lo que ningun hombre puede alcanzar, la infalibilidad y la impecabilidad de Dios. Strossmayer no se dió por vencido y tornó nuevamente á la tribuna del Concilio para sostener la inoportunidad del dogma. Mucho se habia hablado de este orador. Los liberales ponianlo en las nubes y los ultramontanos le censuraban fuertemente. Habia de todos modos facilidad en su decir, cadencia en su entonacion, calor en su sentimiento. Fuerza en su palabra. Aunque los obispos italianos y españoles hablaban un latin, no diré más puro pero sí más eclesiástico, Strossmayer, como buen húngaro, acostumbrado al empleo diario de la lengua latina, hablábala con pasmosa facundia y aun con gracia. Sin embargo, los prelados romanos se reian mucho de este su latin, y recordaban que cierto pedante decia que los prelados en el extranjero celebraban la misa *cum pantalonibus* y que el latin de Strossmayer era tambien latin *cum pantalonibus*. De todos modos su palabra impresionaba fuertemente, puesto que tenia la misma fuerza de su razonamiento.

El Concilio contaba estas fracciones: primera: ciento cuarenta obispos enemigos de la Infalibilidad, los más ilustres por su ciencia, los más admirados por sus virtudes, los representantes de las naciones más poderosas y de las mayores diócesis: cincuenta carde-

nales que como buenos cortesanos del Pontífice, tenian que votar la divinidad pontificia: cien vicarios apostólicos revocables y pendientes todos por ende del arbitrio de la Santa Sede: cincuenta generales y abates mitrados de las órdenes monásticas todas conversas al más exagerado ultramontanismo: ciento de esos obispos de la Propaganda poseedores de sillas fantásticas é imposibles: doscientos setenta italianos, de los cuales ciento cuarenta y tres eran vasallos políticos del Papa, habitantes de los antiguos Estados romanos. Total, quinientos ochenta votos á favor de la peligrosísima innovacion que tantas tinieblas debia arrojar sobre el mundo y tantos dolores sobre la Iglesia.

Pero sea de esto lo que quiera, es indudable, indudable; los verdaderos salvadores de la Iglesia, eran aquellos que, no pudiendo reformarla, trabajaban por no convertirla en cómplice y guía de la reaccion universal. La elocuencia de Strossmayer podia ser más ó ménos ardiente, más ó ménos literaria, más ó ménos latina; pero en realidad era profundamente previsora y pródiga. Para mantener el ideal religioso, no hay que seguir los errores condenados ya por la conciencia humana. Un absolutismo, que se extienda desde el espíritu al suelo; un hombre que se divinice, una sociedad que se petrifique; la idolatría materialista; el egoismo llevado á sus últimos extremos; la coaccion moral, sustituida por la fuerza y por la violencia, no puede reformar de ninguna manera la sociedad presente. Para reemplazar un ideal viejo y gastado, es necesario sustituirle otro ideal más progresivo y más humano. La infalibilidad del Papa era la apoteosis, la divinizacion de un hombre. Y francamente, en este sentido más fundamento, más razon tiene cualquiera de los sistemas utópicos que sostienen la divinizacion de la humanidad.

Los Obispos opositores gritaban, como náufragos, y nadie les oia. El cielo estaba sordo á sus clamores. El Cardenal Swazem-

berg evocaba la sombra de aquel mártir de Bohemia, predecesor ilustre de Lutero; de aquel elocuentísimo profeta, cuyo sepulcro se ha convertido en altar, y cuyo nombre contiene el espíritu de un pueblo entero, el cual todavia maldice á los que persiguieron y quemaron en el Concilio de Constanza, al sublime redentor. Monseñor Maret, expresó la angustia de la iglesia galicana, amenazada de muerte, y sus palabras fueron tan graves, y sus quejas tan profundas é intensas, que levantaron sordo rumor en la mayoría del Concilio, servil cortesana del Papa. El Obispo de Orleans alzó los ojos y las manos al cielo, evocando, no tanto el Espíritu de Dios, como el espíritu de Bossuet, para salvar y conducir á seguro puerto la iglesia de su pátria.

Inútiles, desesperados esfuerzos. El Papa habia decidido ser infalible, y era necesario concederle á toda costa la infalibilidad. El mes de Julio de 1870 mediaba, y á medida que se oscurecia la conciencia humana, y se desplomaban sobre los altares de Cristo nuevas, pesadísimas tinieblas, la tierra occidental de Europa, iba á ser como un lago de sangre, el suelo occidental de Europa, iba á ser como un voraz incendio. Nuevas irrupciones de gentes germánicas, rompian por los límites de las antiguas familias latinas; y en vez de haber á la cabeza del mundo una Iglesia con autoridad y con fé, habia una Iglesia forjadora de cadenas y caída en las garras del Cesarismo. La angustia era tanta, que los obispos de la oposicion ignoraban el partido que debian tomar. Unos proponian votar en contra, y proponian otros ausentarse. Por fin, tomaron esta resolucio. Al leerse definitivamente la fórmula de la infalibilidad, encontróse que la habian adulterado tristemente, agravándola más, aunque era de suyo profundamente grave. De suerte que ni siquiera se proclamó tal como la habia votado la Asamble. Erá, pues, dogma de fé que el Papa te-

nia el don de la infalibilidad, y sus decretos el carácter de irreformables.

La ceremonia misma de la promulgacion, pareció un gran entierro. Las sillas más distinguidas estaban vacías; los obispos más ilustres se habian partido. Doscientos dejaron á Roma en un solo dia. Era aquella la verdadera viudez de la Iglesia. Más que un apolo-gista, necesitaba la ciudad de Dios, la esposa de Cristo, un Jeremías, que llorase sobre su soledad; su santuario caido, sus piedras dispersas como los huesos de destrozado cadáver, sus sacerdotes errantes, su templo asaltado por sus eternos enemigos, y su nombre convertido en ludibrio del mundo. Dos obispos, sólo dos obispos, tuvieron el valor necesario para oponer el *non placet* á la ambicion de los Papas: un Obispo de la vieja Italia, y un Obispo de la jóven América. A medida que la votacion adelantaba, espesábanse las tinieblas; y á pesar de ser pleno dia y pleno estío, entraba la noche por las puertas y las ventanas de San Pedro; noche no tan oscura ni tan espesa como la que avanzaba sobre el humano espíritu. Cuando el Papa acabó de leer su propia apoteosis á la luz mortecina de vacilante cirio, siniestro relámpago inundó toda la Basílica, y largo trueno resonó en el firmamento, como para recordar á los dioses de la tierra, que todavia era él Dios de los cielos. La lluvia caia á torrentes; los frailes gritaban como energúmenos, y el pueblo romano se habia ausentado como siempre. El Papa, decia que el Concilio tuvo tres períodos; el primero, en que todo lo embrolló el diablo; el segundo, en que todo lo embrollaron los hombres; y el último, en que todo lo aclaró Dios. Y sin embargo, si desde lo alto del Vaticano, tornara los ojos en aquel momento hácia los límites del horizonte, viera venir ya las huestes que corrian desaladas á pedirle cuenta de su largo despotismo y á derribar en el polvo su frágil corona de monarca.